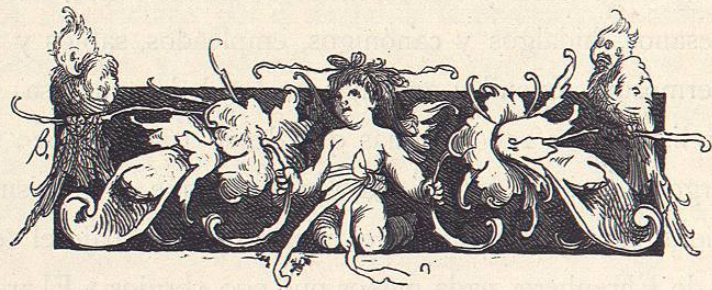


moral del mundo» de que tanto habla el vulgo y de que tan poco se preocupa, sólo puede llegar á predominar cuando el órden inmoral ha satisfecho su afán hasta el cansancio completo, bien que temporal. Ulrico Molitor efectuó una de las primeras tímidas tentativas para poner en duda la realidad de la brujería, escribiendo su «Plática sobre los brujos,» en el mismo año 1489 en que se imprimió el «Martillo de las brujas.» En la segunda mitad del siglo xvi el sacerdote Loos y el médico Weier hicieron enérgica oposicion á la creencia en brujas y á los procesos de brujería; pero no se les prestó oído, persiguiéndoles al contrario encarnizadamente. En 1593 Augusto Lerheimer publicó su «Reflexion y memoria cristiana sobre la brujería,» en cuya obra se opuso sobre todo á las pretendidas relaciones amorosas con el diablo. Treinta y ocho años más tarde, en 1631, publicóse la célebre disertacion *Cautio criminalis*, cuyo autor, el conde Federico de Spee, fué uno de los mejores alemanes de la época, á pesar de pertenecer á la órden de los jesuitas, y gozó de justa nombradía en la historia de la literatura como cantor de la *Fritz Nachtigal* (1649). Este hombre generoso á quien su deber obligaba á acompañar como «confesor» á las brujas sentenciadas á la hoguera, y que había encanecido en este ejercicio ántes de tiempo, dirigió con tanto tacto como energía, protegido muy insuficientemente por el velo del anónimo del peligro de ser acusado y sentenciado él mismo como hereje, un ataque no sólo contra la creencia sino contra los procesos de brujería, descubriendo con maestría todos los horrores de los mismos, para llegar á la conclusion de que tal procedimiento llevaba á la hoguera á todos los acusados áun á los más inocentes. Pero su voz honrada encontró escaso eco; gustaba más la gente de oír al imbécil Karpzov. Sólo á fines del siglo xvii Spee tuvo un sucesor de nobleza igual en el neerlandés Baltasar Becker, cuyo libro «El mundo encantado» (1691) llegó á iluminar por fin con clara luz la noche de aquella supersticiosa creencia en brujerías. Además, el excelente Thomasius, que siempre peleaba en primera fila cuando se trataba de oponerse á la estupidez y á la injusticia, desafió desde 1701 á 1712 varias veces y con gran energía las iras de sus contemporáneos, atacando á su vez al desvarío de la brujería y á los procesos de las brujas.



IV

LOS LANSQUENETES Y EL FUROR GUERRERO



ABANDERADO DE LANSQUENETES

NADIE ignora que se llamó á los cañones *ultima rationem principum*, es decir, últimas razones de los príncipes, pudiéndoseles llamar sin embargo con el mismo derecho últimas razones de los pueblos; pues el hombre ha sido desde un principio un sér esencialmente guerrero, condicion que conservará mientras exista. El mismo poeta de la libertad y de la humanidad (1) pone en boca del prudente Stauffacher, que mira como á principal apoyo la justicia, estas palabras: «Como último remedio, si otro no sirve ya, nos quedará la espada.»

A todas las preguntas emitidas en el sentido de una paz «eterna» ó si se quiere algo duradera entre los hombres, la historia contesta con una negativa categórica. En todos

tiempos la fuerza ha sido y es superior al derecho; y este ha sido y es sin aquella el conocido cuchillo sin hoja; puesto que los hombres son y serán en su esencia moral siempre los mismos, á pesar de todas las fases del desarrollo del progreso. Todas las cuestiones de derecho se reducen al fin y á la postre á cuestiones de poder; y para la solucion de éstas los hombres y los pueblos apelan siempre á la última *ratio*, es decir, á la espada, á la decision por las

(1) Federico de Schiller en su *Guillermo Tell*.

armas. La guerra es por lo tanto, á pesar de cuanto se diga en contrario, un factor necesario en el proceso del desarrollo histórico; y está fundada en la naturaleza de los hombres: razón por la cual todos los que saben leer en el libro de la historia universal comprenden sin dificultad porqué en todos tiempos y en todas partes el interés hácia el estado militar debe ser uno de los principales en los pueblos.

Púsose esto de manifiesto en la época de la Reforma: lo que caracteriza las guerras de aquella época es la trasformación del ejército feudal en permanente, y la sustitución de la táctica moderna, entonces iniciada, á la de la Edad media. Logróse aquello porque necesariamente el mercenarismo de oficio hubo de ocupar el lugar del servicio temporal feudatario, pues para la guerra, tal como se practicaba merced al uso de las armas de fuego, eran precisos soldados de oficio; y lo segundo porque la decisión de las batallas no dependía como en la Edad media de la caballería, y tampoco como en el siglo xv de la infantería de los husitas y suizos «parecida á un muro movable», sino más bien de la combinación de las tres armas: infantería, caballería y artillería, cuyos movimientos obedecían á un plan determinado. Las dos batallas de Mariignano (1515) y de Pavía (1525) nos dan idea de este gran cambio en el arte guerrero.

En el concepto moral y nacional, el mercenarismo comparado con el servicio feudatario era un paso en sentido de retroceso. El guerrero feudal acudiendo al llamamiento del Imperio ó de su señor, había cumplido los mandamientos del deber y del honor; el mercenario vendía su pellejo al mejor postor y con harta frecuencia á los enemigos declarados de su propio país. El provecho y la ventaja personal sustituían en él al deber y al honor; los demás motivos morales los suplía el mercenario con el espíritu de corporación, y la fidelidad á la bandera; pero esta compensación era muy á menudo bastante débil. El *reislafen* (servicio en el extranjero) de los suizos, así como la degeneración de los lansquenetes alemanes, demuestran marcadamente lo inmoral y lo pernicioso de tal sistema para los pueblos y países.

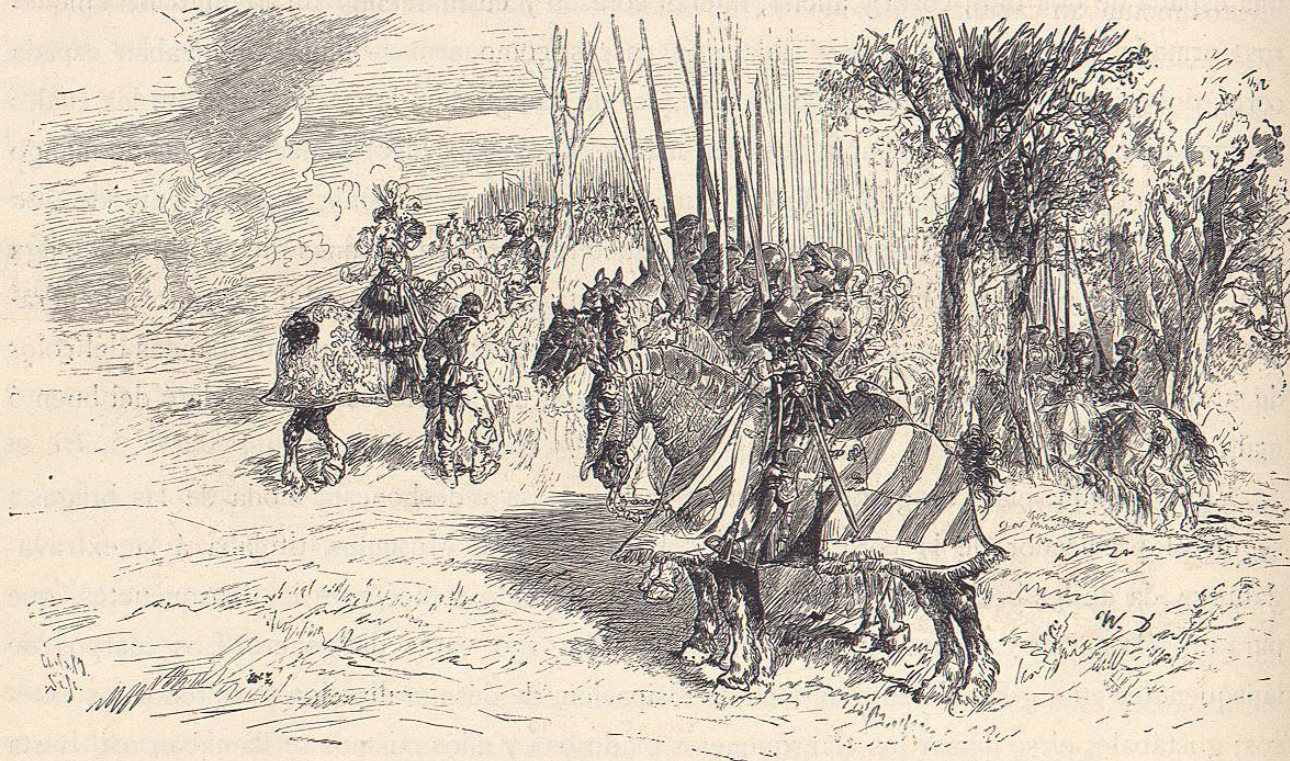
Knechte (mozos), *kriegsknechte des landes* (mozos militares del país), y de aquí lansquenetes, llamábanse en el imperio alemán los mercenarios, los soldados de oficio, que bajo el reinado de Maximiliano I adquirieron mucha importancia. Un gran guerrero alemán, Jorge de Frundsberg, se conquistó más tarde el nombre honorífico de «padre de los lansquenetes» como organizador de los mismos. Estos mercenarios reclutados al principio entre los labradores alemanes, componían la fuerza esencial, no solo de la infantería, sino de todo el ejército en general, en la época de la Reforma. El comandante de todos los lansquenetes de un ejército llevaba el título de «coronel general ó jefe superior del ejército», y era sólo responsable al soberano (*Kriegsherrn*, señor de la guerra) ó al señor que le pagaba (*Soldherrn*). El estado mayor componíase del tesorero del ejército, del intendente superior, del cuartel maestro general, del médico superior del ejército, del capitán preboste y del «maestre de contribuciones.» La hueste de lansquenetes se dividía en regimientos mandados por coroneles cuyo sueldo mensual era por término medio de 400 florines. El cuadro de oficiales del regimiento se componía del teniente coronel, del maestre de guardia, del cuartel maestro, del furriel, del cura, del cirujano, del preboste y del «sargento de prostitutas», el cual estaba encargado de la vigilancia de los mozos de servicio y las meretrices del campamento. Cada regimiento se componía de 8 á 10 compañías y cada una de estas, con un capitán á su frente que percibía 40 florines de sueldo mensual, de un

teniente, un alférez, un sargento primero, un capellán y dos cabos. Al frente de la compañía marchaban regularmente 12 á 15 «mosqueteros» armados de pequeños fusiles de gancho ó mosquetes, y que llevaban en una correa colgante del hombro izquierdo doce cápsulas de madera cada una de las cuales contenía una carga de pólvora; de la misma correa pendía también la bolsa de balas y las mechas.

A los mosqueteros seguían los «arcabuceros», cuya arma principal era el arcabuz llamado también «fusil de gancho», provisto al principio de llave de mecha y desde 1517 de llave de rueda, inventada en Nuremberg. Tanto los arcabuceros como los mosqueteros llevaban también una espada de dos filos, corta y ancha; ligeras corazas y celadas. Seguían después los «piqueeros» armados de coraza, brazales y tibiales, y cascos; como armas ofensivas llevaban espada corta, dos pistolas de llave de rueda y una pica de mango muy largo, en lugar de las cuales algunas divisiones de la compañía llevaban mandobles ó alabardas, es decir hachas de mango largo. En tiempo del emperador Carlos V una compañía se componía regularmente de 400 infantes. El mayor sueldo lo percibían los mosqueteros que tenían unos diez florines de paga mensual; todos estaban obligados á armarse á su costa. Los uniformes aún no estaban generalizados; pues los lansquenetes consideraban por lo regular suficiente el uso de bandas del color de su respectivo señor temporal, siguiendo en lo demás los caprichos de la moda ó del buen ó mal gusto personal.

Entre ninguna clase de gente dominaba «la licenciosa y deshonesto moda de las bragas», según el predicador de la corte de Brandeburgo, Andrés Musculus, titulaba á la extravagante moda de los bombachos, de un modo tan exagerado como entre los lansquenetes, que para un sólo par de calzones necesitaban 60 y hasta 130 varas de género. Los cuerpos de lansquenetes eran generalmente un foco de disipación, de desmoralización y de todos los excesos; gustábase oírse llamar los «lansquenetes piadosos» y ellos mismos se llamaban así. Basta sin embargo leer las descripciones trazadas por autores contemporáneos acerca de su género de vida para convencerse de que en efecto eran «una horda temible» según les designaba el honrado Hanns Sachs. Ciertamente que el «derecho militar», al cual estaban sujetos, era bastante riguroso y que los artículos vigentes en tiempo de guerra ordenaban terribles castigos contra la insubordinación, desertión, rebelión, hurto, asesinato, delitos de incendio, violación, etc., pero la aplicación de estas leyes era harto difícil si ya no imposible. La justicia se practicaba sin embargo de un modo eficaz entre los lansquenetes, pero sólo en casos muy graves, y entonces pública y verbalmente y al aire libre. La manifestación más cumplida de la justicia de los lansquenetes era el «derecho de la pica»: cuando este debía aplicarse, el regimiento formaba en cuadro, en cuyo centro se hallaban el acusado y el preboste, actuando este último como acusador. El procedimiento era tan sumario como inexorable; el voto de sus camaradas ó absolvía al acusado ó bien le sentenciaba á «ser pasado en el acto por las picas.» En este caso el regimiento formaba presentando la punta de las picas, por entre las cuales era empujado el delincuente hasta que caía exánime. Otro grado inmediato en la escala del castigo, aún bastante bárbaro, eran «las carreras de baquetas», cuyo castigo fué introducido entre nuestros antepasados, según se dice, por Gustavo Adolfo, rey de los suecos. Observábase bastante á menudo cierto buen humor brutal entre esos lansquenetes que contribuía á caracterizarlos.

En la historia universal encontramos un hecho en que este *buen humor* de los lansquenetes alemanes se manifestó marcadamente; sucedió cuando el terrible «sacco di Roma» (saqueo de Roma) en el mes de mayo de 1527, despues que el ejército de Carlos V hubo tomado por asalto la «ciudad eterna,» cuando la contienda del emperador con el papa Clemente VII. El que quiera enterarse de lo que entónces significaba la toma de una ciudad, debe leer las descripciones que de tales horrores nos han dejado testigos presenciales. Durante días enteros la ciudad de Roma fué copia fiel del infierno descrito por Dante; pero es digno sin embargo de mención que los autores consignen que los soldados alemanes no se portaron con tanta impu-

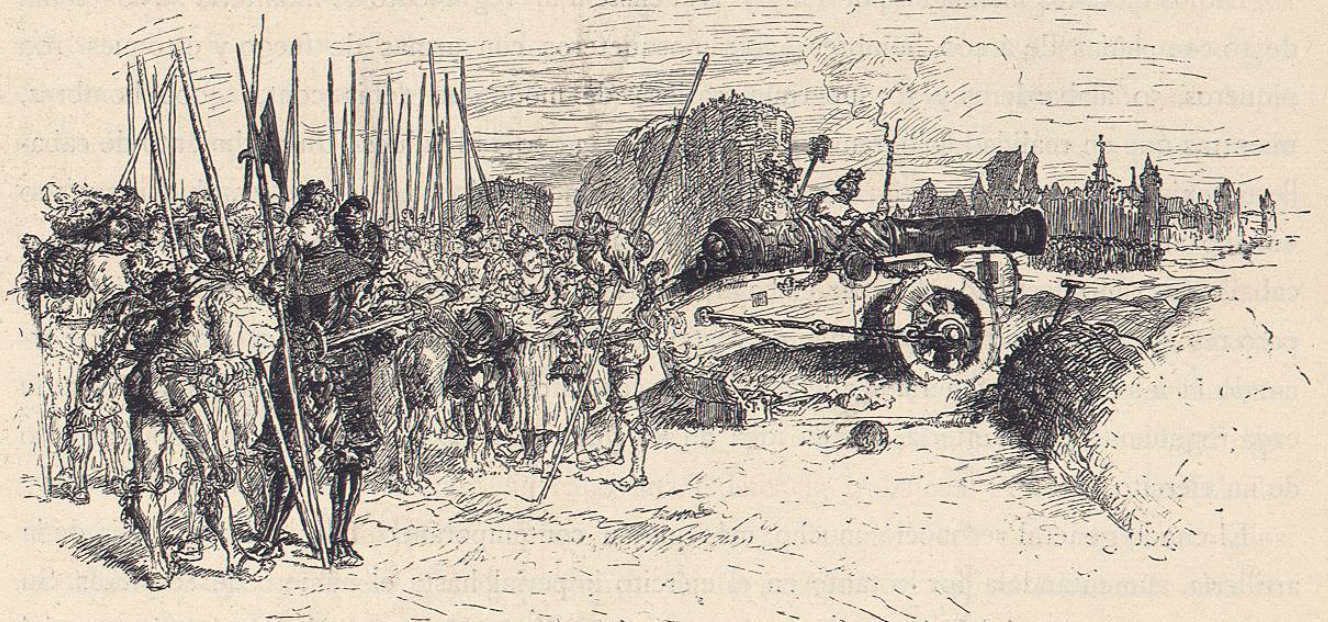


CABALLERÍA ALEMANA Á PRINCIPIOS DEL SIGLO XVI

dicia y crueldad con las desgraciadas doncellas y mujeres romanas, como lo hicieron los de raza latina. En cambio nuestros compatriotas agotaron sus burlas á la persona del pontífice, refugiado en el castillo de Santángelo; y la farsa siguiente, ejecutada por ellos, caracteriza la disposición que diez años despues de aquel en que Lutero se habia presentado en escena, tenían los lansquenetes del ejército imperial. Cierta día de mayo, el sargento de lansquenetes Guillermo de Saudizel se presentó montado en un mulo delante del castillo pontificio: iba vestido con el traje de ceremonia del pontífice y llevaba puesta en su cabeza una tiara. Rodeáronle sus camaradas disfrazados de cardenales y obispos, haciendo al lansquene papa grandes saludos y genuflexiones, besándole los piés de un modo grotesco, es decir, efectuando todas aquellas reverencias que suelen hacer al verdadero papa sus prelados. Asistentes y «suizos» abrian y cerraban el cortejo, que acompañado del són de flautas y tambores entró en el Borgo; allí, frente del castillo de Santángelo, Saudizel se hizo llenar una copa de vino y brindó por el cautivo Clemente VII. Los obispos y cardenales apócrifos imitaron á su jefe bebiendo copiosamente y gritando que iban á crear papas, obispos y prelados que fueran obedientes al emperador y no rebeldes; por fin el turbulento Saudizel exclamó: «¡Nombro mi sucesor á Lutero;

quiero regalarle el pontificado; el que esté conforme levante su mano!» Oído lo cual, todos sus alegres compañeros levantaron la mano prorumpiendo en gritos de júbilo: «¡Lutero papa! ¡Lutero papa!»

Un regimiento de caballería contaba en el siglo XVI de 750 á 1000 caballos; dividíase en «estandartes» y uno de estos se componia regularmente de 180 jinetes de línea (coraceros) y de 60 ligeros (carabineros). Aquellos eran aún por completo «los caballeros de hierro» de la Edad media; montaban caballos de gran alzada, llevaban una fuerte lanza y estaban armados además de una larga espada que al mismo tiempo hería de punta y filo, de dos pistolas y de una maza; estos montaban caballos más ligeros, llevaban la armadura ménos pesada, tenían espadas y



ESCENA DE SITIO

pistolas; pero usaban como arma principal la carabina, especie de arcabuz pequeño. El coracero (caballería pesada) tenía 24 florines, y el carabinero 12 de paga mensual; el coronel del regimiento tenía 400 florines. El cuadro de oficiales lo constituían el teniente coronel, maestre de guardia, intendente y furriel; cada estandarte estaba mandado por un capitán; el mando superior de la caballería de un ejército estaba en manos de un «feld-mariscal.»

La artillería estaba á las órdenes superiores de un *feldzengmeister* (general de artillería); sus subordinados más próximos eran un teniente, un tesorero, un maestre de artillería y varios auxiliares. El maestre ó condestable (*buchsenmeister*, más tarde *constubler*) mandaba con ayuda del pirotécnico (más tarde bombardero), los hombres empleados en el servicio de cada pieza. Las culebrinas ó *karthaunen* servían ya en las operaciones de campaña ó en los sitios; la más pequeña de las piezas de campaña llamábase el *scharfe tindlein* (el niño áspero) y disparaba balas de plomo de media libra de peso; seguían despues como de mayor calibre el falconete, el sacre, la media culebrina y la culebrina; esta última estaba servida por diez y ocho hombres y arrojaba balas de cuarenta libras. Las piezas de artillería de sitio llamábanse, empezando por las de mayor calibre, *scharfmetze* (mortero), que arrojaba una bala de hierro de cien libras, «el basilisco,» «el ruiseñor,» «la cantora» y «el gran sacre,» habiendo además obuses que arrojaban proyectiles de piedra cuyo peso alcanzaba á doscientas libras. Las bombas, es decir los

proyectiles explosivos se conocieron desde 1524 y se usaban también las granadas de mano (de aquí el nombre de granadero). Las muchas invenciones así técnicas como científicas en el siglo XVI, redundaban en provecho del perfeccionamiento de las armas de fuego, de la fortificación y de la castrametación. La instrucción militar tendía más especialmente á la habilidad individual que al movimiento calculado de las masas. Las marchas eran muy lentas, los preparativos para una batalla en extremo embarazosos, la dirección de la acción misma pesada en alto grado. Verdad es que generales como Frunsberg y Schertlin iniciaron grandes innovaciones tácticas y estratégicas; pero en conjunto no se hicieron en el siglo XVI, y por lo que toca á los ejércitos alemanes imperiales tampoco en el siglo XVII, grandes progresos.

En los ejércitos mandados por Tilly y Wallenstein un regimiento de infantería se componía de 10 compañías de á 400 hombres (200 mosqueteros con armas de fuego y estoques, 100 piqueros, 50 alabarderos y 50 supernumerarios), de modo que debía contar 4000 hombres, mientras que en realidad solo tenía por lo regular 3,000 individuos. Un regimiento de caballería tenía 6 estandartes de á 240 hombres (60 lanceros ó coraceros, 60 carabineros y 120 «medio armados»); como cada caballero estaba acompañado de un mozo (*rossbub*) con un caballo de mano destinado á llevar el bagaje, el regimiento debía constar de 2,880 individuos; pero regularmente sólo se componía de 2,260. La circunstancia de pagar el emperador Fernando II á su coronel-general Wallenstein, según contrato, 600.000 florines para la formación de cada regimiento de infantería, nos da idea de los gastos que exigía el reclutamiento y arreglo de un ejército.

El citado general reconoció mucho más que su contemporáneo Tilly la importancia de la artillería, aumentándola por lo tanto en el ejército imperial hasta el número de 80 piezas. Su adversario Gustavo Adolfo, rey de los suecos y sin disputa el general más inteligente del siglo XVII, introdujo mejoras que más ó menos pronto se aceptaron también por los alemanes. La tendencia de Gustavo Adolfo era dar mayor ligereza y movilidad á la infantería y á la artillería. En los regimientos de infantería dió á la mayoría de los individuos, en vez de las picas y alabardas, armas de fuego; aligeró á la caballería dotándola de una armadura más ligera é introdujo en la artillería por primera vez la «volante,» sustituyendo las pesadas culebrinas por cañones de cuatro libras que también se cargaban con cartuchos, mientras que al servir las piezas imperiales el barril de la pólvora estaba junto al cañón y el sirviente echaba la pólvora en la boca por medio de una pala. El rey de los suecos enseñó á sus regimientos el sistema de moverse y batirse con arreglo á los principios tácticos; introdujo y probó también con buen éxito un nuevo orden de batalla, aboliendo la disposición usual de las masas en nutridos cuadros, en los que la artillería producía efectos mortíferos; y formando en su lugar líneas de batalla que dejaban á la infantería, protegida á intervalos y en los flancos por divisiones de caballería, espacio para ejecutar movimientos rápidos, sobre todo para la evolución de abrir paso en momentos dados á la artillería, oculta y preparada de antemano á retaguardia de la línea, entrando así oportunamente y de un modo súbito en la acción.

La fuerza numérica de los ejércitos que en la época de la Reforma entraron en campaña no puede compararse ni con mucho con el número de tropas de los tiempos posteriores y de los modernos; en el siglo XVI un ejército de 25.000 hombres y en el XVII uno de 50.000 pasaban

por grandes. El ejército relativamente más numeroso en Europa á fines del siglo XVII era el de electorado de Brandenburgo (Prusia), después que el «gran elector» hubo consolidado la posición de su Estado como potencia militar. Cuando murió este príncipe (1688), el ejército prusiano contaba 26.858 hombres y 40 piezas de artillería, que exigían un gasto anual de 2½ millones de thalers, casi la mitad de la renta total del país. Debo añadir sin embargo que en aquella época la transformación de los ejércitos de mercenarios, cuyos servicios eran temporales, en ejércitos permanentes constituidos por medio de reclutamiento, se había realizado casi definitivamente.

Tanto en Alemania como en las demás naciones servían de modelo las instituciones militares, establecidas en Francia por Luis XIV, por su ministro de la guerra Louvois y por sus mariscales: el lansquenete había cedido su lugar al soldado. Los ejércitos, instrumentos ciegos de una engañosa política de gabinete, aumentaban en número y en el lujo de uniformes. Antes de finalizar el siglo XVII toda la infantería estaba ya armada de armas de fuego provistas de bayoneta. En la caballería agregáronse á los antiguos coraceros y carabineros los lanceros y húsares. En proporción con el desarrollo técnico del arte de la guerra, la posición social de los soldados era objeto de preferencia; nació cierta idea del honor militar, el contraste entre ciudadano y soldado dió á su roce alguna aspereza y abrióse entre pueblo y el ejército un verdadero abismo. La admisión en la clase de oficial fué pronto un privilegio de la nobleza. La soldadesca, reclutada en su mayor parte en la esfera más baja de la población, arrastraba sujeta á rigurosas «ordenanzas» y bajo la vara del cabo una existencia trabajosa. Pero esos desdichados mercenarios, excluidos de los beneficios de la vida ciudadana, esos esclavos uniformados, consideraban á pesar de eso, y á consecuencia de un espíritu de cuerpo fomentado sistemáticamente, á los ciudadanos y labradores como seres muy inferiores á ellos, tratando aún en tiempo de paz con mucha frecuencia á los súbditos del príncipe, cuyo uniforme llevaban, como enemigos.

En la Edad media el modo de hacer la guerra había sido, por decirlo así, bárbaro. Los lansquenetes del siglo XVI metodizaron las luchas y en el siglo XVII, los furiosos de la guerra de los Treinta años, que en nuestro país causaron tan terribles estragos, desarrollaron este método hasta cierto grado de perfección. Exceden verdaderamente de todo cuanto puede concebirse los crímenes que en aquella época se cometían en nuestro suelo alemán, todo cuanto el pueblo alemán tuvo que sufrir de la escoria de Europa vestida con el uniforme del soldado; pues sólo una fantasía inhumana verdaderamente diabólica puede inventar los tormentos que en la citada guerra sufrieron los habitantes de toda edad y sexo. Una codicia desapiadada y una furiosa inclinación á destruir; una ardiente sed de sangre y una crueldad refinada; una lascivia salvaje y una fiera inconcebible. Tal cúmulo de horrores, apenas se ha contemplado en ningún tiempo y en ninguna parte por segunda vez. Dos autores contemporáneos, Grimmshausen en su «Simplicissimus» y Mascherosch en sus «Visiones de Filandro» nos han pintado la vida de los soldados de aquella época sangrienta, propia en realidad de desenfrenados bandidos; pero los colores empleados por ellos apenas tienen al horroroso tinte de la realidad; y, á pesar de eso, sus descripciones nos causan tal impresión, que en estas hordas salvajes no vemos, no, seres humanos, sino verdaderos demonios, hordas de diablos, para quienes aún lo más mons-